

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

San José, Costa Rica

1958

Enero 20

Nº 1

Año 36 — Nº 1181



Diego Rivera

Diego Rivera el eterno

Por Pedro Juan LABARTHE

(En Rep. Amer.)

Fue para el año 1933 cuando conocí a Diego Rivera. Fuimos presentados, él en un andamio y mi amigo Ignacio Morán Mariscal y yo mirándole desde el suelo de la habitación en Radio City que le guardaba a él y a su mural, como joyas valiosas, de la vista del público admirador. Se me hizo coloso, fraileSCO, satisfecho como un fraile frente a su gran copa de vino de buena vieja cosecha. Diego no perdía en el fondo de su mural. Era grande como el mural.

Después de algunos minutos de charla de arriba para abajo y de abajo para arriba bajó y dió un fuerte abrazo mexicano a Nacho Morán Mariscal y extendió su mano colosal que apretó la mía. Esta se perdió entre la suya. Pero sí noté que era tan blanda como la de Andrés Segovia y ambas fuentes de agradecimiento a Dios, por ser hijos de Dios. Segovia expresión sagrada en su música. Rivera expresión sagrada en la pintura. ¿Quién más tenía una mano como aquéllas dos? Busqué en mis recuerdos... Encontré a Gabriela Mistral. Tres Manos. La de Gabriela expresión sagrada en la poesía.

Nacho y Diego hicieron memorias vivas de México lindo e histórico. Nombres salían a relucir. Datos, fechas, hechos. Nacho era el hijo del gran político el Chato Morán. Morán Mariscal era primo de Virginia Iturbide, la nieta del Emperador Agustín I. A Virginia de Limantour la conocí en París en donde aun los aristócratas franceses le dan el tratamiento de Alteza Real.

Diego no era solamente un pintor, sino un historiador. No solamente un historiador sino un científico. Sabía de química, física, astronomía, matemáticas, arqueología, geografía, sociología, psicología, fisiología, anatomía, medicina, era superticioso y hasta sabía de teología. Amuchachadamente hablaba de todo y con el florete agudísimo mexicano de la ironía. Mi primera visita con él y nos hicimos amigos.

La segunda visita fue en su exhibición de pinturas en una galería de Nueva York. Fuimos a la exhibición con José Juan Tablada, Rómulo Gállegos, el compositor peruano Robles y Nacho Morán Mariscal. Después de la exhibición todos nos fuimos a una cena en honor a José Juan Tabla-

da. Allí también estaban Miguel Covarrubias y su esposa.

Ya no solte más a México y allí y en esa noche memorable hice juramento de adoptar como mía la patria de Alfonso Reyes y de Alberto Rembao. Así lo he hecho.

Como nueve estaciones o nueve visitas a la fuente de sabiduría y de amistad han sido mis viajes a ese país vibrante y de tesoros históricos, de civilizaciones antiguas. Sobre esas bases da al mundo esencias puras en la poesía, la pintura y la música amén de su oro, su plata, sus estadistas y sus sabios.

Aquí frente a mi el retrato que nos tomamos en la noche del homenaje al poeta Tablada. ¡Cuántos ya idos a la eternidad! Le toca al pobre viejo Labarthe hacer recuerdos de esos días neoyorquinos cuando lo mexicano estaba en moda —trajes, música, patios, joyas, mujeres y hombres.— Carlos Chávez con la 30 H. P. dirigida esta sinfonía en Filadelfia por Stokowski. Los murales de Diego, Dolores del Río, Lupe Vélez, Ramon Navarro, Augusto Novarro el musicólogo, Las Golondrinas, los Charros, sarapes, espuelas y Plutarco Elías Calles que estremecía a Washington y Wall Street.

Ya y con más confianza Diego y yo empezábamos nuestras vidas de discusiones, de polémicas que nunca terminamos. Yo admiraba su enciclopédica erudición como la de Leonardo Da Vinci y él tratando de convencerme que no creyera en ángeles, en la luna, en las estrellas como creemos los poetas. Sin embargo este coloso físico e intelectual leía apasionadamente a José Juan Tablada, a González Martínez, a Carlos Pellicer, a Alfonso Reyes, a Torres Bodet. Estos todos mexicanos. Pero no sólo se quedaba en su lar sino que conocía a los poetas rusos, italianos, japoneses, alemanes, turcos, franceses y españoles. Y a muchos los leía en la lengua materna de ellos. El inglés lo dominaba a perfección. Pero así como conocía a los poetas conocía las historias de las naciones de la tierra. Para aquella época África no me interesaba y ya él sabía todo lo que se había escrito sobre África y Asia. Era